

La degradación total del amor es el amor propio, en el que el amante y el amado no ponen el ser uno como ideal, sino como punto de partida...para el amor propio los otros no pueden pasar de ser instrumentos de mi narcisismo. (Rovirosa, "El primer traidor cristiano, Judas..." O.C. T.I, 519)

Orar es algo que hacemos no para que Dios nos escuche, o hasta que Dios nos escuche, sino para que nosotros oigamos a Dios. Oramos hasta que seamos capaces de oír su voz. Empieza por hacer silencio; ese silencio, donde hasta el lamento de los más pequeños es audible.

MIRA:

Cuando vuelvo tarde a casa, ya anochecido, suele haber una parejita en el soportal. Están colocando los cartones y las mantas que les sirven de cobijo para dormir... si es que pueden. Les oigo hablar en voz baja. ¿Qué se dirán?

Yo paso en silencio, los miro de reojo, incluso acelero el paso con una pizca de miedo. Miedo y vergüenza... Agacho la cabeza, pero no me detengo. No les hablo, no los acojo. Los dejo en la calle cuando tras de mí cierro la puerta que me pone "a salvo" de esa realidad. Ya no los veo, no les oigo. Ya puedo descansar.

Anoche volví por otro camino, era incluso más tarde. El camino a casa se me hizo más duro aún. La última calle, el último recodo estaba poblado, rebotante, hombres y mujeres en la acera, durmiendo entre cartones viejos. No eran solo dos. No los llegué a contar. Acelaré –como siempre- el paso, para poner a salvo mi yo.

Mi vergüenza y yo, hemos dormido a cubierto esta noche.

ORA:**Los más nuestros**

Nosotros somos todos.

Nuestros son todos.

Míos son todos.

Son carne de mi carne y sangre de mi sangre

Venimos del polvo de las estrellas.

Y aunque hayamos alcanzado una gran complejidad, seguimos enlazados con el universo entero, especialmente con los seres humanos.

Pero los más nuestros son los pobres, al menos como definición.

Para ti lo fueron, Señor.

Para mí, casi nunca, pocas veces, por más que blasone de compromiso y acción.

Siempre pasan por delante de mí Yo y "los míos", mi familia y mis parientes.

Ellos son los primeros, aunque estén en la abundancia y no necesiten más que afecto.

¿Cómo haré, Señor, para que los pobres sean los más míos?

Es un largo viaje solidario, viaje de vaciamiento, y no de compras, del yo al nosotros, de mi familia al mundo, del mundo a los pobres.

Un largo viaje peleón, en el que el yo se agarra con uñas y dientes, mi yo y el de mi familia, para no dejarse separar ni a las buenas ni a las malas.

Un viaje contigo a tu reino de la Luz, desde el reino de las tinieblas, que es el encierro en el yo. Dame tu mano para no caerme entre las piedras del camino.



OYE: Lee despacio, entrando en la escena, el Evangelio de este domingo:

Mc 9,30-37: El Hijo del hombre va a ser entregado. Quien quiera ser el primero, que sea el servidor de todos.

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos se marcharon de la montaña y atravesaron Galilea; no quería que nadie se enterase, porque iba instruyendo a sus discípulos. Les decía:

-«El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán; y, después de muerto, a los tres días resucitará.»

Pero no entendían aquello, y les daba miedo preguntarle. Llegaron a Cafarnaún, y, una vez en casa, les preguntó:

-«¿De qué discutíais por el camino?»

Ellos no contestaron, pues por el camino habían discutido quién era el más importante. Jesús se sentó, llamó a los Doce y les dijo:

-«Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos.»

Y, acercando a un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo:

-«El que acoge a un niño como éste en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí no me acoge a mí, sino al que me ha enviado.»

Para meditar el Evangelio

El grupo de Jesús atraviesa Galilea, camino de Jerusalén. Lo hacen de manera reservada, sin que nadie se entere. Jesús quiere dedicarse enteramente a instruir a sus discípulos. Es muy importante lo que quiere grabar en sus corazones: su camino no es un camino de gloria, éxito y poder. Es lo contrario: conduce a la crucifixión y al rechazo, aunque terminará en resurrección.

A los discípulos no les entra en la cabeza lo que les dice Jesús. Les da miedo hasta preguntarle. No quieren pensar en la crucifixión. No entra en sus planes ni expectativas. Mientras Jesús les habla de entrega y de cruz, ellos hablan de sus ambiciones: ¿Quién será el más importante en el grupo? ¿Quién ocupará el puesto más elevado? ¿Quién recibirá más honores?

Jesús «se sienta». Quiere enseñarles algo que nunca han de olvidar. Llama a los Doce, los que están más estrechamente asociados a su misión y los invita a que se acerquen, pues los ve muy distanciados de él.

Para seguir sus pasos y parecerse a él han de aprender dos actitudes fundamentales.

Primera actitud: «Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y servidor de todos». El discípulo de Jesús ha de renunciar a ambiciones, rangos, honores y vanidades. En su grupo nadie ha de pretender estar sobre los demás. Al contrario, ha de ocupar el último lugar, ponerse al nivel de quienes no tienen poder ni ostentan rango alguno. Y, desde ahí, ser como Jesús: «servidor de todos».

La segunda actitud es tan importante que Jesús la ilustra con un gesto simbólico entrañable. Pone a un niño en medio de los Doce, en el centro del grupo, para que aquellos hombres ambiciosos se olviden de honores y grandezas, y pongan sus ojos en los pequeños, los débiles, los más necesitados de defensa y cuidado.

Luego, lo abraza y les dice: «El que acoge a un niño como este en mi nombre, me acoge a mí». Quien acoge a un «pequeño» está acogiendo al más «grande», a Jesús. Y quien acoge a Jesús está acogiendo al Padre que lo ha enviado.

Una Iglesia que acoge a los pequeños e indefensos está enseñando a acoger a Dios. Una Iglesia que mira hacia los grandes y se asocia con los poderosos de la tierra está pervirtiendo la Buena Noticia de Dios anunciada por Jesús.

(José Antonio Pagola)

Señor Jesús, te ofrecemos todo el día nuestro trabajo, nuestras luvhas, nuestras alegrías y nuestras penas.

Concédenos, como a todos nuestros hermanos de trabajo, pensar como Tú, trabajar contigo y vivir en Ti.

Danos la gracia de amarte con todo nuestro corazón y de servirte con todas nuestras fuerzas.

Que tu reino sea un hechoi en las fábricas, en los talleres, en las minas, en los campos, en el mar, en las escuelas, en los despachos y en nuestras casas.

Que los militantes que sufren desaliento permanezcan en tu amor. Y que los obreros muertos en el campo del honor del trabajo y de la lucha, descansen en paz.

María, Madre de los Pobres,
Ruega por nosotros